

Arana, Rocío. *La llave dorada*. Madrid: Ediciones Rialps, 2012.

*Miguel Ángel Náter, Ph. D.
Departamento de Estudios Hispánicos
Universidad de Puerto Rico
correo electrónico: altardavid@hotmail.com*

El sueño persistente, la magia de la remembranza de una niñez absorta ante el mundo, mirada del poeta que se sabe capaz de tantas cosas que no existen o que pudieron ser, como el amor temblando en una hoja, parecido a la gota de Rocío que se sabe campana que se abre olorosa colmada en el jardín de las palabras, callada como un muerto que nos habla al oído versos fríos y quemantes sombras... Ese “puro incendio” del mundo que marcan las palabras del poeta. *La llave dorada*, de la joven poeta española Rocío Arana (Sevilla, 1977-), es un conjunto de breves poemas signados por la experiencia vital, como debería corresponder a toda obra poética. Un yo lírico que persigue su propio yo real, la Rocío que escribe y a la vez se silencia, define desde el inicio el arrebato de la poesía como un nombrar que destituye al poeta y lo coloca en el laberinto de las palabras, lustrándolo de un silencio que lo encapsula en el limen de lo nombrado. “Junio”, el poema que abre el libro, explica esa poética del yo que se busca en las palabras, entendiéndose como otro con el cual en el pasado tuvo una travesía de experiencias casi mágicas:

ACUÉRDATE, Rocío,
de cómo sonreían las estrellas.
Recuerda cómo todo su poder
se derramaba en un minuto oscuro,
tristemente feliz, diciendo “nunca”,
pero de qué manera tan hermosa. (7)

Una reminiscencia de aquel poeta del recuerdo –Constantinius Cava-fis–, cuya remembranza elevaba a experiencias del espíritu los escauceos

carnales del cuerpo. En Arana, es más una metamorfosis de la poesía, una transformación de lo luminoso y elevado en lo oscuro del tiempo derramado, para en la negación aparecer la resolución de la vida, la resignación del oxímoron, el “tristemente feliz”, cuando la negación se nos aparece como una posibilidad más entre los actos que nos depara la vida.

Ese primer poema, como un aperitivo, da paso al fluir del agua, elemento que capta la esencia del amante, río, espada desde la lluvia, caudalosas venas, capaz de abrir un mundo nuevo en las palabras que se imponen en un tiempo minúsculo, siempre el minuto (oscuro) que limita la vida: “Y tus manos abriéndome otro mundo / fugitivo y feliz, igual que un río / y hubo sólo un minuto” (9). Vuelve el río a su imagen de constante huida, y el tiempo, el minuto al diminuto fuego de las palabras del amante, que como un caudal de lanzas muy precisas pautan la derrota del hablante.

Hay una reiterada oscuridad que lucha con las luces vinculadas con el ser del amado, quien llega como un húmedo mensaje a reparar la fría estación de la poesía. Del recuerdo, como una memoria surgida de alguna fotografía, el hombre se hace espada que se revela como la imagen poética contra el tiempo, contra la estación donde la lluvia es, a la vez, amenaza y resguardo, de la cual surge el hombre como una protección acalorada. Contra el miedo y el susto, que vagan siempre hiriendo en el pasado, la imaginación es la amenaza desde el niño; la poesía es así la amenaza del poeta. Sin embargo, parecería que la imaginación fuese negativa, condenada a desaparecer al llegar la adultez: “Ahora soy mayor y vivo sola, / he guardado el dragón bajo la cama / y dormir es mi sueño favorito” (13). Pero lo que es parecer desaparece. En el poema titulado “Magia”, la imaginación se retrotrae a la Edad Media, al mundo maravilloso en que el amor era la fuerza con que sobrevivía lo imposible: “De nuestros ojos un incandescente / amor mecía aquella hoja sola. / Era la prueba de que el mundo existe” (15).

Lo oscuro atraviesa todo el libro de Arana. Diríase que describe, a su vez, la esencia de la poesía y de la vida, de la intimidad. En el poema titulado “Conjuro”, después de enunciarse el verso antitético “cómo brillas oscuro en el relámpago” del poema “El arte de respirar” (18), hay una sensación de casa destartalada en cuya oscuridad irrumpe el vendaval con la inevitable transmutación del agua en fuego, cuando la alquimia –verbal– todo lo transforma:

TU ráfaga de alquimia, vendaval
 colándose en lo oscuro gota agota
 con cuánto frenesí, con inocencia,
 con fervor delicado y avariento,
 con tímida avidez, con exquisita
 ignorancia
 y sin saber que es fuego. (19)

En el poema titulado “El fantasma”, se expone la pugna entre los espacios exteriores y la interioridad que simboliza la alcoba. Ese espacio interior vuelve a lo oscuro, a la penumbra donde los significados y los significantes se intercambian para crear la sinuosidad poética. Lo oscuro corresponde al espacio interior, a lo onírico. La humedad, la lluvia, el agua lenta en el minuto –tiempo vital– dan la pauta de una vida íntima que se sabe existencia y de una poesía que se sabe misterio. El poema titulado “El minuto perfecto” da cuenta de ello:

CUANDO cada mirada es una gota
 de un mundo nunca visto y recordado
 como en los cuentos rusos con su filo
 de oro y campanadas a lo lejos

es el minuto exacto
 sin violines el sol viste su abrigo
 de lluvia
 pero al fondo
 centellea el misterio gota a gota. (23)

Con alusiones que Mircea Eliade saludaría desde el mito, la poesía alude a la repetición mágica del rito o de la magia. En el poema titulado “El eterno retorno”, la circularidad permite la continuidad del tiempo, privilegiando el color dorado –que alude al título del libro– de un mundo que semeja el enclaustramiento en una bola de cristal como en un sueño. El título del libro, que llama a la mente la magia de otro mundo, da a la vida la sensación de un éxtasis de sueños y de sortilegios, como en el poema titulado “Dulces sueños”. La poesía invita a la huida, al refugio del ser en lo onírico, al azul siempre romántico y evasivo, a lo que se

aparece como una visión espectral en sustitución del mundo real o de la vigilia. La lúdica invitación al deslizamiento en la nieve en la isla azul de los sueños infantiles hace pensar en la poesía como propiciadora de un mundo feliz: “EL azul espejismo de una isla / que llega desde el fondo de la noche / y crece y me salpica y me desborda: / llave dorada, casa y tobogán” (29).

Sin embargo, queda la ausencia como esencia de la vida humana. Lo ausente, lo deseado –casi como un conjuro– se plasma en la figura del rey que retorna, en clara alusión a la saga de Tolkien, *El señor de los anillos*, la vuelta de Aragorn después de la caída en el precipicio:

HA vuelto. Sin caballo y sin espada
camino por la calle donde vivo.
No lleva capa oscura ni hay vestigio
de sangre entre sus ropas siempre nuevas.
Pero es él: su cansancio me sonrío
con un fulgor oculto por el barro. (34)

Lo oscuro protagonista que atraviesa el libro se ve amenazado hacia los poemas finales. El yo lírico anhela una luz que diafanice. La mirada del amado –ahora transformadora– crea un mundo opuesto a la penumbra interior:

POR dentro todo estaba iluminado.
Por fuera yo miraba los árboles azules
a través del cristal del autobús:
el infinito mundo que rodaba
recién hecho, tocado por tus ojos. (38)

En el poema final, titulado “Escala”, la mirada del amado ausente se hace luz, pero es evidente que su ausencia llena el mundo de sombras. El juego de palabras negadas transmite la desilusionada realidad en la cual se aceptan el vacío y la sombra en lugar de poseer el cuerpo y la luminosidad anhelada. De ahí, la vuelta al “minuto oscuro / tristemente feliz” del primer poema, ese anhelo de la luminosidad que no puede encontrarse, muchos menos en la poesía:

EN tu silla vacía puedo ver
un vacío que pesa con tu sombra,
tranquilo
pero no, yo quiero el vértice
de sol que no es mirarte
perderte siempre un poco
en cada luminosa no mirada,
no llegar a tus manos y buscar
otro fulgor más hondo y verdadero,
más bello y más difícil, una joya
translúcida, la luz definitiva. (41)

Este libro de Rocío Arana capta las similitudes de la poesía y del sentido de la vida, la anhelada luz que no logramos alcanzar en el minuto oscuro que transcurre, creando en la conciencia la desesperada interrogante del existir en la pugna eterna de Eros y Tanatos.